

Aquellos tiempos de aventura...

Alberto Oriza

abril 30 de 2020

¿Quién era ese monstruo que tanto me aterraba en la niñez? Porque hoy viene a mi mente su recuerdo de los fríos tentáculos que trataban de atrapar mi pie, que escapaba a gran velocidad después de la proeza de bajar por un vaso de agua.



Aún recuerdo ese proceso de convencimiento interno, en el que competía mi necesidad de hidratarme, con el temor de enfrentar ese cubo oscuro de escaleras que ocultaban al dormido monstruo.

Todo empezaba con el deambular silencioso en el pasillo superior, a sabiendas que, si algún ruido se escapaba, advertiría a ese malévolo enemigo de mi tentativa por engañarlo. En esos pasos nerviosos, iba dejando de lado el espanto que me invadía, ante el convencimiento por lo silencioso de la planta baja de que esa mezcla de calamar ciclope que encontró su refugio en la parte oculta de bajo las escaleras dormía plácidamente, pero siempre a la espera de un descuido para devorarme como prometido bocadillo nocturno.

Con un gran acopio de aire en mis infantiles pulmones, y sin poder perder tiempo en ese necesario proceso de respirar, iniciaba la carrera desbocada, que combinaba la

destreza de mis escasos 4 años, con el silencio de un felino, que con ágiles saltos consumaba el descenso a velocidad casi sónica.

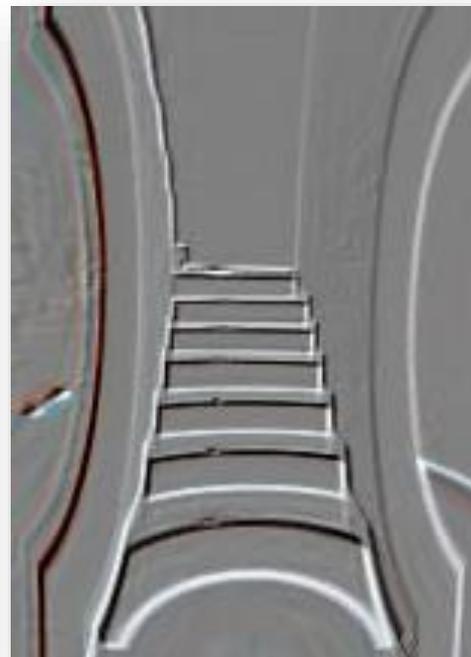
El reto ahora no era solo dar la vuelta forzada, sin tropezar con aquel taburete, que como si tuviera vida propia uno no sabía dónde había decidido descansar del alboroto infantil de la velada. Mas de una ocasión fue necesario un acrobático quiebre, envidia de cualquier corredor profesional.

El pequeño y elevado apagador, escondido tras el muro, que en la privacidad de la noche se levantaba por lo menos unos centímetros, yo sabía que estaba confabulado con mi némesis para tenderme una trampa mortal; representaba el reto más escalofriante, pues sabía que al prenderlo mi tiempo estaría en un cronometro mortal para apenas tener tiempo de regresar a mi refugio.

Estirando mi humanidad, localizaba a tientas el enchufe, y el escalofriante “Click” que hacía eco hasta el último rincón del universo. Sabía que con ese resonar de ensordecedor ruido, un ojo inyectado de sangre, del tamaño de mi cabeza, se desperezaba y abría, sabiendo que iniciaba la cacería.

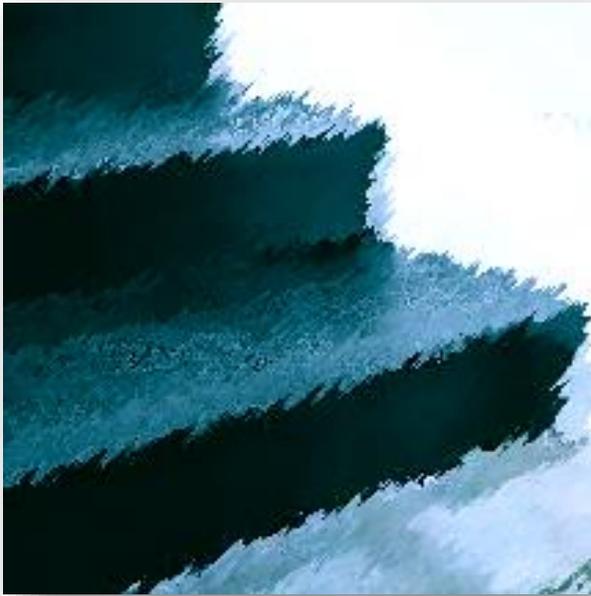
En cuestión de segundos, era capaz de localizar un vaso, lo que menos importaba era si había contenido leche, agua u cualquier cosa, al tiempo lo llenaba de agua fresca y cargada de la vitamina que me brindaría la velocidad para que antes de ser visible la luz fuese apagada.

Sabía que el contraste de falta de luz era mi estrategia secreta para que no pudiera localizarme e iniciar la carrera desenfrenada a la planta alta... uno... dos... tres



escalones... El soplido frío de un tentáculo lleno de agudas puntas ponzoñosas se aprestaba a tomar mi talón, con la agilidad propia de ese grado de excitación, mis pies volaban, alcanzando en un santiamén el escalón apenas rozado por mi pie descalzo.

La curva de la escalera era especialmente peligrosa, no solo por tener que virar ciento ochenta grados a una velocidad vertiginosa, sino por que sabia que ese penetrante



e hipnotizante ojo podría mirarme a los ojos y dejarme petrificado al alcance de hacerme su platillo fuerte.

De alguna manera, siempre logre mantener mi vista fija en el siguiente escalón, por mas que las ondas mentales del malvado me insistían en voltear a verlo. Así poco a poco, la luz del refugio del pasillo, donde por medio de artes oscuras o de tecnología aun no descubierta, la barrera impediría su ataque.

En un último esfuerzo, los últimos dos escalones nunca conocieron mis plantas de los pies pues volaba ese tramo para llegar al seguro refugio.

Lo había logrado, otra vez invencible, me dirigía a mi cuarto, con la clásica llamada de mis padres, que solo el cariño de una familia numerosa puede dar: “¡O ya se duermen o voy y los duermo!”

Ciudad de Cancún